

portales de la Plaza Mayor. Luego, más maduro, la lectura de sus obras consolidó en mí la admiración, no exenta de reparos y discrepancia en mucho fundamental, y en algunas cosas más accidentales, pues nunca le he perdonado lo que dijo de Trujillo en su libro *Por tierras de Portugal y de España*.

Trujillo es una ciudad de rango universal, cargada de Historia y de Arte, que alza su gallarda silueta, sus murallas, sus palacios, sus iglesias y sus torres, sobre la austeridad de un sereno paisaje de Extremadura. Trujillo es un relicario, lleno de cosas bellas e impresionantes. Hay tanto allí para poder hablar de ello, que asombra el que un hombre de la talla de Unamuno pudiese apartar la vista de tanta hermosura, para escribir sobre algo tan intrascendente y vulgar— hecho repetido en todos los lugares de España— como el que unos señoritos jugasen a las cartas en un casino.

Yo no tengo que descubrir aquí a don Miguel. De todos son sabidas sus contradicciones y paradojas. Quede en este haber lo de Trujillo, y otras cosas. A pesar de ellas, nadie puede discutir, y yo la proclamo, su recia personalidad de primer orden. Pero para mí, en mis recuerdos, no es Unamuno el pensador insigne, el erudito, el escritor... Es el catedrático salmantino, que conocí departiendo sobre las suaves y deleitosas poesías de Gabriel y Galán. Ni volví a verle fuera de Salamanca, ni he frecuentado después esta ciudad, en la que dejó de existir a las seis de la tarde del 31 de Diciembre de 1936, repentinamente, cuando en su domicilio departía con unos amigos, sentado en torno a una camilla. Por ello olvido y borro todo lo demás y me quedo con el don Miguel de Unamuno de mis tiempos de estudiante, paseando, en la Plaza Mayor de Salamanca.



COMULGADO

Tengo hondo el venero del volcán de la sangre
con diástoles amplias y bien latido el pecho
y los ojos abiertos a los corzos del alba
y, entre labios, un nido con los pájaros nuevos.

Llevo libre la frente de la arruga del odio,
lavada, muy temprano, de dudas y recelos
y una arada sencilla en los cabellos blandos
y un aroma suave de pan en el aliento.

Limpios del oro tienen mis manos los atajos
y tendida la palma y sin garras los dedos,
en la costilla un casto sabor de Eva nacida
y muerta la serpiente de los torpes deseos.

Una luz apacible, rizada en la sonrisa,
me pone paz y calma en músculos y nervios
y la palabra sirve a manteles al alma
y la hogaza repara las flaquezas del cuerpo.

Del dolor amarillo tengo curado ahora
el mal Cain que a veces nos roe por adentro
y le nacieron alas a mis grises desidias
que hierven impaciencias de mil desasosiegos.

Estuve de rodillas haciéndome más hombre,
la sombra de Su Mano crucificóme luego
y me traje engarzada en el ara de arcilla
la luna pequeñita con todo Dios entero.